

## CAPÍTULO 9. GUERRA Y PAZ EN COLOMBIA: LAS MUJERES ESCRIBEN.<sup>2</sup>

Carmiña Navia Velasco

### 6. INVESTIGACIONES, ANÁLISIS

En el recorrido por estas *palabras de mujer* es importante visualizar qué han dicho las mujeres cuando se han enfrentado a estos problemas y realidades como analistas e investigadoras. Qué temas les han interesado, qué aspectos de la guerra y de la paz han focalizado, cómo han abordado su objeto de estudio. Todo esto para definir si han abierto nuevas rutas, señalando caminos diferentes o si se han movido en los mismos marcos señalados por el grueso de la investigación sobre la realidad. Nos vamos a encontrar en este terreno también con muchas cosas interesantes y dicientes.

No es posible, por supuesto, dar cuenta de todo lo que las mujeres han hecho y escrito en estas últimas décadas sobre la materia. Para ello habría que detenerse en todas la Universidades del país, mirar grupos de estudio, leer monografías o tesis... igualmente habría que acercarse a todos los centros de investigación de mayor o menor peso y cobertura, porque es claro que la mayoría de las veces los trabajos de las mujeres quedan más fácilmente inéditos que los de los hombres.

Quiero al iniciar destacar el trabajo realizado en el Instituto de Estudios Po-

---

8 Fragmento sacado de: Navia Velasco Carmiña. (2005). Guerras y paz en Colombia: Las mujeres escriben. Cali: Universidad del Valle. pp. 83 -94. Agradecimiento especial a Stephany Pabón Triana, por la preparación de este material.

líticos de la Universidad de Antioquia, por María Teresa Uribe de Hincapié<sup>1</sup>, quien insistentemente, desde hace unas décadas viene profundizando en los conflictos políticos y guerras del país. Junto con ella, trabaja un grupo de mujeres (Elsa Blair, Ana María Jaramillo y otras...), quienes aportan una palabra bastante original y esclarecedora sobre los problemas que nos ocupan.

En los trabajos de Uribe Hincapié, sobresale su reciente y extenso ensayo: *LEGITIMIDAD Y VIOLENCIA, Una dimensión de la crisis política colombiana*. Se trata de una mirada atenta a nuestra historia, rastreando las condiciones y los límites de la construcción de la legitimidad del estado colombiano. A su juicio, la precariedad de esta construcción, que continúa siendo la misma a través de los años está en la raíz de las guerras que hoy vivimos... guerras respuesta, pero guerras ellas mismas ilegítimas por la historia en la que nacen y por las configuraciones y dinámicas que van tomando:

“La insurgencia y la contrainsurgencia desarrolladas en el contexto de una guerra prolongada han producido muchos muertos de ambos lados y odios recíprocos, alimentados con actos de barbarie como las emboscadas, las violaciones, las torturas y las desapariciones. Así, la guerra deja de ser un asunto público para convertirse en un problema de resentimientos, de odios personales y la justicia da paso a la venganza, lo que ha desplazado los viejos escenarios de la guerra hacia los nuevos espacios de las masacres y de las acciones violentas y retaliativas sobre la población civil, supuestamente simpatizante de uno u otro de los contendientes”.<sup>2</sup>

Los aportes de María Teresa Uribe se inscriben más ampliamente en una lectura atenta y detallada sobre la vida política amplia del país, por ello no profundizamos más en su trabajo, ahora queremos continuar con nuestra mirada sobre las palabras femeninas en el eje específico de la guerra y la paz.

En las páginas siguientes vamos a detenernos en algunos textos que han sido especialmente recepcionados o que aparentemente han trascendido el círculo inmediato de su producción. Por supuesto la escogencia de los textos a leer ahora pasa por mis propios intereses y mi propia visión de los problemas que nos involucran a colombianos y colombianas. Recepciono a algunas autoras cuya mirada me resulta especialmente esclarecedora en la *selva* que hoy nos habita, textos que considero arrojan luces inéditas a los discursos más comunes en el país sobre la guerra y la paz.

Se trata de trabajos diversos, de distintos momentos históricos, pero que contribuyen cada uno desde su óptica a configurar más claramente esa *palabra o mirada femenina* que estamos estudiando. Una palabra femenina inscrita y dicha en una discursividad diferente, la discursividad del estudio, del análisis, de las propuestas. Pero que por otro lado mantienen una especificidad muy clara en la en que focalizan y enfocan los problemas a abordar. Es indiscutible que algunos de estos discursos se tocan muy de cerca con otros que son catalogados como más cercanos al periodismo y dialogan con ellos... nos encontramos una vez más, con esas barreras que se diluyen y se pierden.

### 6.1 LÓGICAS DE LA MUERTE

En 1990, María Victoria Uribe publica su trabajo *MATAR, REMATAR Y CONTRAMATAR*<sup>3</sup>, en el que realiza una investigación y análisis de las masacres de la violencia en el Tolima, entre 1948 y 1964. Es decir, desde esta situación de la nueva guerra o la nueva violencia que vive el país, se mira hacia atrás, para intentar arrojar luces tanto a nuestro ayer como a nuestro hoy, por ello en la presentación a la obra, en la edición del CINEP (\*), se dice:

“Comprender la violencia como condición previa para conseguir la paz, es un objetivo que nos hemos propuesto en el CINEP, para contribuir a que nuestro país salga de la encrucijada en la que hoy se encuentra”

Ester texto de Uribe constituye realmente un aporte valioso y especial a la investigación en el país sobre las violencias que producimos y padecemos colombianos y colombianas. Se trata de una mirada bastante original que intenta detallar en los fenómenos estudiados, aspectos que, a pesar de ser importantes y significativos, muchas veces se pasan por alto. Así, en el texto, la referencia a las masacres apunta a mirar en ellas una serie de características/símbolos que iluminan lógicas que pueden parecer inentendibles.

Esta obra es en primer lugar una investigación detallada y exhaustiva. La autora recoge en fuentes directas (notas de prensa, testimonios de los y las implicados/as, expedientes judiciales...) una información amplia y completa de lo ocurrido en el Tolima, en los años 1948 a 1964, a causa del enfrentamiento a muerte entre liberales y conservadores. La información pues es total: sitios de las matanzas, números de muertes, características y ubicación de los victimarios y de las víctimas. Se nos entrega una memoria impresionante del azote vivido por los campesinos y campesinas de la región a lo largo de esos años. El texto se convierte en una referencia obligada para quien consulta los fenómenos y hechos conocidos como *la época de la violencia* en el país.

Es necesario, igualmente, resaltar que la mirada de la investigadora es una mirada sutil y novedosa que establece parámetros de análisis capaces de descubrir *lo que ha permanecido oculto*. Se realiza un esfuerzo para *tematizar* aspectos que podrán considerarse intrascendentes o no visualizarse en otros análisis, el resultado es poner de manifiesto detalles que configuran un cuadro altamente significativo para entender no solo nuestro pasado sino nuestro presente.

Precisamente uno de los aspectos más importantes de esta mirada es el que ayuda a comprender que no es posible intentar comprender la guerra que vivimos/padecemos hoy si la desligamos de todo el devenir de nuestra historia. María Victoria Uribe, muestra magistralmente las continuidades entre la violencia de hoy y la de ayer. Pero no sólo eso: señala también una línea de continuidad entre la violencia de mediados del siglo XX y la de finales del siglo XIX, es decir ente el odio a muerte entre liberales y conservadores y las causas y efectos de la guerra de los mil días:

“No solo se heredaba la pertenencia partidista. Son varios los casos de guerrilleros liberales que heredaron su inclinación por las armas de un abuelo, abuela o tío abuelo que fueron combatientes en la guerra de los Mil Días. Lo mismo sucedía con las armas: escopetas de fisto y viejos fusiles Remington fueron desenterrados por los guerrilleros y utilizados en los primeros enfrentamientos. Lo anterior establece claras líneas de continuidad entre las guerras civiles del siglo XIX, especialmente la de los Mil Días y La Violencia. El abuelo de Manuel Marulanda Vélez, fue corneta en las filas liberales, y Jaime Guácaras, era nieto de Viviana Durán, activa auxiliadora de las huestes liberales”.<sup>4</sup>

A través de Manuel Marulanda y de las FARC (y sus fundadores) nos encontramos, pues, con una línea que nos lleva hasta la *Guerra de los Mil Días*, lo que nos habla de la importancia de establecer continuidades y discontinuidades, una de las cosas que el texto que leemos intenta.

Otras de las continuidades muy significativas que nos devela el trabajo, es aquella que descubre semejanzas muy fuertes entre la subcultura de los *cua-drilleros* o bandoleros y las de los jóvenes sicarios del narcotráfico:

“La mayoría de las cuadrilleros eran supersticiosos y creían en agüeros. Para protegerse llevaban en sus bolsillos estampas de la Virgen del Carmen, del Cristo Milagroso de Buga, escapularios y varias medallas en el cuello y en los tobillos y algunos de ellos, tatuajes en los brazos y en el pecho. Otros cargaban una fotografía de la compañera”.

Es claro que hay diferencias y semejanzas entre los grupos. Esas semejanzas nos remiten a una sensación de exclusión o marginación por su parte, lo que los impele a protegerse del exterior de formas similares. Las diferencias están dadas por otros elementos culturales: tiempo distinto, hábitat rural o urbano. Es precisamente la aguda mirada de María Victoria Uribe, su énfasis en aspectos culturales y simbólicos, la que permite establecer estos nexos.

Igualmente, se trata de una aproximación que complejiza el problema al introducir en la reflexión aportes de la sicología clínica y social, de la antropología y de otras disciplinas. Uribe parte de dos convicciones: La violencia y sus formas y expresiones no es ciega, tiene una lógica que hay que alcanzar... No basta para explicar esta relación amigo/enemigo y esta lógica, partir de la lucha de clases y la aproximación marxista al problema, hay otros elementos muy definidos. La autora evita las miradas simples y se propone desentrañar todos los elementos involucrados en los procesos:

“Existe un tercer nivel, imperceptible en las declaraciones consignadas en las expedientes, que tiene que ver con las motivaciones profundas de todos aquellos involucrados en los hechos. Se trata de un sustrato que hace referencia al ser y el estar del hombre en la cultura”<sup>5</sup>.

Uno de los aportes de esta mirada, a mi juicio el más importante, es la profundización en todo aquello que constituye lo que hemos llamado *dinámica infernal* de la guerra y la violencia. Dinámica que se dispara y crece, sin muchas posibilidades de encausamiento, detención o disminución. Esta dinámica es seguida con mucha atención y sutileza por parte de la investigadora.

Uribe se pregunta por el por qué, las condiciones, las motivaciones, las consecuencias y todo el actuar y los sentimientos que rodean una masacre, partiendo de la afirmación de que se trata de *matanzas entre semejantes*, casi *entre hermanos*... ¿Por qué se matan estos campesinos entre si y por qué con estas formas de crueldad extrema? La autora describe el proceso socio/histórico vivido de la herencia familiar de la afiliación partidista, la mezcla entre religión y política, la separación espacial por colores políticos, el papel de los líderes y el rol *enardecedor* de la radio... A partir de ahí, se acerca cada vez más a la masacre y a los protagonistas que la cometen.

En este acercamiento se explicitan los factores que configuran de manera especial esta destrucción/anihilación del otro:

“Las masacres son actos rituales llevados a cabo al margen de las actividades cotidianas, de manera repetitiva y con una secuencia de acciones que tiene un determinado orden. No son actos casuales ni fortuitos: son acontecimientos intermitentes por medio de los cuales ciertos sectores rurales, alejados del ejercicio del poder, ejercen una forma extrema de poder”.

La investigadora apunta este *ejercicio de poder* como uno de los factores determinantes en la vida de quienes terminan siendo cuadrilleros.

En su proceso de formación familiar y en la construcción de su identidad, estos campesinos asumen una concepción/vivencia de la alteridad, en la que el otro (del otro partido, de la otra vereda, del otro color...) es el enemigo. Y asumen a su vez una relación con ese enemigo según la cual la única posibilidad real de vida es **aniquilar** a ese enemigo, aniquilarlo de manera que no tenga ninguna posibilidad de sobrevivencia ni en sus descendientes, por ello hay que *contramatarlo*. Como la venganza juega un papel determinante en su propia vida, no se puede jugar al azar de que los descendientes de ese otro se venguen a su vez, hay que acabar con todo el nicho y hábitat para evitar que se pueda reproducir.

Finalmente, María Victoria Uribe se acerca magistralmente al proceso mediante el cual el campesino termina convirtiéndose en matón asesino. Proceso que podemos pensar similar al que viven muchos *paras* o guerrilleros de hoy:

“...se vinieron abocados a una vida trashumante que los llevo, sin abandonar del todo sus vínculos con la tierra, a esa doble vida de jornaleros diurnos y bandoleros nocturnos.

“Su vida bandolera, en un comienzo esporádica, fue invadiendo la otra poco a poco, debilitando los vínculos con la sociedad y fortaleciéndolos con la cuadrilla y con los individuos que servían de enlace, en pueblos y veredas. En la medida en que crecía su capacidad criminal, crecía también su poderío. La contienda bipartidista fue aumentando al calor de las afrentas, las muertes y las mutilaciones que se infligían unos a otros, y con ello fue creciendo el odio y la necesidad de venganza”.<sup>6</sup>

Estas preguntas y descripciones que rodean y constituyen el texto: ***Matar, rematar y contramatar*** pueden ser parcialmente iluminadas por lo afirmado por Carmen Lucia Díaz en su excelente ensayo ***De la guerra a la alianza***:

“Se dice que la guerra es un festín de muerte y de odio, una orgia de sangre. Así como el carnaval significa quitar el ayuno de la carne y, por extensión, levantar

cualquier restricción que impida la satisfacción del cuerpo y por lo tanto de las pulsiones sexuales, en la guerra se suprimen las restricciones a la pulsión de muerte, los disques impuestos por las regulaciones culturales a esa pulsión se quebrantan; estos son los privilegios de la guerra. Es la cita con la muerte, sea ejecutada, o expuesta, la muerte se convierte en goce extremo en tanto la satisfacción pulsional es ilimitada”.<sup>7</sup>

En este sentido se explica mejor el otro aspecto apuntado por la investigadora: el progresivo deterioro de la violencia y del enfrentamiento. Poco a poco las cuadrillas terminan matando, sin importar incluso el partido político u otras consideraciones socioeconómicas, en un movimiento ascendente y profundizador en el que el ritual y la sangre devoran toda posibilidad de reconciliación y de vida. Este trabajo señala características muy significativas y precisas en el comportamiento de *nuestra violencia*, características que, a mi juicio, no están ausentes de la guerra de hoy.

## 6.2 LECTURAS DE LA MENTALIDAD MILITAR

En agosto de 1999, Elsa Blair publica una obra, realmente muy importante para la comprensión del fenómeno de la violencia y de las constantes guerras en Colombia: *CONFLICTO ARMADO Y MILITARES EN COLOMBIA. Cultos, símbolos e imaginarios*<sup>8</sup>. Aunque en la investigación se le reconoce a este deporte su importancia, es claro que los politólogos y todos aquellos y aquellas que intentan contribuir a la construcción de la paz no han tomado suficientemente en serio esta palabra de Elsa Blair, no han sacado de ella todas sus posibles consecuencias.

Esta investigación articula, en su punto de partida, aportes de la herramienta sociológica, la historia de las mentalidades y la teoría sobre lo imaginario, para mostrarnos la forma en que los colombianos y colombianas hemos ido construyendo unas mentalidades y unos imaginarios que nos llevan continua y repetidamente hacia la guerra, hacia *la aniquilación del otro/a*, como única manera posible de resolver nuestros conflictos. El texto se propone, en últimas, estudiar la mentalidad de los militares, pero en la articulación del discurso se nos va llevando a comprender la configuración de la mentalidad de todos los ejércitos que habitan el país y la mentalidad de una sociedad que produce esos ejércitos, así como la dinámica de una guerra que se independiza progresivamente de sus raíces y sus causas.

La autora se sitúa en el hoy (prioriza como momento fines de la década del 80, principios de la del 90, con la reconocida influencia del narcotráfico), y desde el presente, mira hacia atrás, para intentar explicar cómo llegamos a configurar esta violencia salvaje que nos habita hoy. En esta perspectiva el texto de Blair, dialoga con el de María Victoria Uribe, a quien nos referimos inmediatamente antes. Leemos en su introducción:

“En efecto, el uso generalizado de la fuerza y de las armas por parte de sectores civiles, el surgimiento y la reproducción de estas múltiples violencias en el tejido social, la mezcla confusa entre actores –militares, guerrillas, paramilitares, sicarios, milicianos, narcotraficantes, “ejércitos privados” al servicio de grupos de justicia privada, bandas de delincuencia organizada-; objetivos –económicos, políticos y militares- y estrategias –alianzas y confrontaciones según las coyunturas- además de escenarios –particularmente en las zonas rurales junto con la presencia de otros componentes que, como lo veremos más adelante, intervienen en la dinámica de la violencia, han desdibujado los límites del conflicto armado, a la vez que lo han degradado enormemente”<sup>9</sup>.

Estas son pues las inquietudes que van a conducirnos por esta reflexión.

La autora está convencida y yo en tanto que lectora también, de que entre tanta literatura sobre estos temas: violencia, violencias, guerra, paz y muerte... no se ha tenido en cuenta el papel que en estos procesos ha jugado la forma de construir, en nuestros imaginarios y comprensiones, la relación con el otro y la otra. Por eso ella desarrolla paso a paso su investigación sobre esta construcción. Para ello se remonta a distintos periodos y momentos de nuestra historia reciente, apoyándose en algún autor y autora que ya ha manejado estas hipótesis”<sup>10</sup>.

La mirada de Elsa Blair pretende en primer lugar superar un análisis mecanicista, según el cual serían únicamente las condiciones objetivas las que mueven el mundo y las que conducen a los actores más allá y muchas veces a pesar de... ellos mismos. Su punto de partida, es entonces: mirar y estudiar a los actores del o los conflictos, con la seguridad de que esos actores van a desarrollar sus propias propuestas y van a dar su impronta a las dinámicas en las que se ven envueltos:

“Desde la perspectiva de Touraine, el actor, al tiempo que es condicionado por una situación, participa en la producción de esta. El actor social no es ni el reflejo del funcionamiento o de las contradicciones de la sociedad, ni la suma de intereses y deseos individuales. El se construye a través de una compleja red de relaciones sociales que ponen en juego formas simbólicas y procesos culturales, de los cuales él es participe directo. Y, efectivamente como lo afirma



Martin Barbero, “Es en la trama de los conflictos y las batallas, por el reconocimiento, que se construyen los sujetos individuales y colectivos”<sup>11</sup>.

A partir de estas convicciones Blair concentra su análisis en la mirada al conjunto de la sociedad colombiana, para precisar, en diferentes épocas de nuestra historia, como se ha configurado la alteridad entre nosotros/as. Creo que en este punto encontramos lo nuclear de su aporte. La autora muestra cómo en Colombia, el otro, no ha tenido **reconocimiento**, como por el contrario la diferencia ha sido negada y rechazada. Ese diferente se ha interiorizado social y políticamente como la amenaza, como el enemigo.

Un enemigo y una amenaza con los cuales no hay que polemizar o llegar a acuerdos, porque no son oponentes en la discusión... Se trata de enemigos y amenazas que es necesario eliminar porque de lo contrario pueden eliminarnos. Los sujetos sociales han construido sus identidades en medio de una oposición radical: EL (ELLA) v.s. YO.

Por ello mismo, dice Blair, Colombia ha permanecido y permanece en guerra, esto más allá de las condiciones *objetivas* en las cuales estas guerras aparentemente se arraigan:

“Contra la tesis de la discontinuidad de la violencia yo pienso que existe una continuidad en el fenómeno. Que se trata, en efecto, de formas diferentes del mismo fenómeno, siempre presente: la definición del otro como el enemigo, como un referente identitario de los colombianos. Hoy, como ayer, las sociabilidades se construyen en, desde y para la guerra. Esta permanencia es la que nos permite interrogarnos sobre si lo que cambia es el fenómeno o solo sus expresiones”...

“Más allá de las razones invocadas y que intentan legitimarse ante la opinión pública como las razones reales de los conflictos, hay otras razones que tiene que ver con el nivel de significaciones, de representaciones, como interpretaciones colectivas de sentido que, en el caso colombiano, se alimentan con estereotipos y con la valoración afectiva de estos...”<sup>12</sup>.

Siguiendo muy de cerca nuestra evolución político/cultural, la autora plantea el hecho de que la socialización de la nación y el proyecto de estado se gestaron en Colombia a través de los partidos políticos y de la Iglesia (igualmente partidista). En este sentido son proyectos excluyentes que no pueden llamar a constituir ninguna unidad. De esta manera llegamos a la modernidad sin haber encontrado proyectos políticos civilizatorios, la oposición entre nosotros/as es **siempre** una y otra vez, la guerra:

“El país carece de proyectos ético culturales que agrupen la población en torno a proyectos de sociedad acordes con las transformaciones materiales que se desarrollan; de instituciones capaces de generar adhesión e identidades colectivas a través de mecanismos civilizatorios. Y estas ausencias se asientan, me parece, en la precaria definición de lo nacional: la identidad como colombianos, religiosa o político partidista, fundada en la exclusión del otro”.<sup>13</sup>

A partir de estas características, en la construcción de la identidad nacional, nos encontramos entonces con que la salida violenta es la única posible. Esto lleva, a mi juicio, a un doble problema: la única vía para resolver los conflictos son las armas y en el nivel del lenguaje, de la comunicación, la única manera de hacer oposición, es *asesinar al otro*, descalificándolo completamente con las palabras. La sociedad colombiana, entonces, según el trabajo de Elsa Blair, idealiza, centraliza y ritualiza la violencia, haciéndose presa de ella.

En este panorama entra en juego el narcotráfico, con todo su poder, con su dinero ilimitado, con su desprecio por la vida... y exagera durante la década del 80, las múltiples expresiones de guerra en el país, reforzando a todos los ejércitos reales y posibles y degradando el enfrentamiento hasta límites insospechados.

En la parte final de su trabajo, la autora focaliza el *imaginario militar* y las condiciones de su producción, para mostrar como interviene este imaginario en los conflictos del país. Para mostrar además como condiciona a los individuos, su formación y estructuración militar, que en alguna medida los incapacita para *otros juegos sociales*. Se explica así la influencia de exmilitares a las empresas privadas de seguridad, o la afluencia de exguerrilleros a las filas de los paramilitares.

En el texto de esta autora me parece un aporte insustituible y su lectura imprescindible a la hora de intentar comprender nuestro destino como país y la guerra que vivimos. Mientras no seamos capaces de comprender y valorar las causas no solo materiales, sino culturales y simbólicas, de nuestros conflictos y guerras, no estaremos en capacidad de superar estas oposiciones que nos llevan a matarnos cada vez de nuevo. Solo cuando los intelectuales y la *izquierda democrática* hable con fuerza y en alta voz de estos otros elementos definitivos en nuestra historia y en nuestro presente, se dejará de estar legitimando con el discurso, el recurso a las armas.

La obra *Conflicto Armado y militares en Colombia*, lo mismo que otras obras de escritoras mujeres, nos están ayudando a complejizar nuestra mirada sobre estos hechos y en la medida en que la complejizamos podremos ser capaces de asumir posturas diferentes con mayor propiedad y seguridad y podremos dibujar otras alternativas. Un paso previo y necesario a la construcción de un proyecto de Nación es aceptar las limitaciones de lo que hasta ahora se ha intentado en este sentido y buscar nuevos caminos. Creo que las miradas que le dan **reconocimiento** a lo simbólico y cultural apoyan las propuestas políticas de estudiosos como Ricardo Sánchez<sup>14</sup>, Alberto Valencia, María Teresa Uribe de Hincapié y Gonzalo Sánchez.

### 6.3 LA GUERRA Y LOS AVATARES DEL DESEO

Es indiscutible que los trabajos realizados a lo largo de varios años María Clemencia Castro, realizan aportes sumamente importantes y originales para la comprensión de nuestras dinámicas de guerra/paz. Sus trabajos, especialmente el último<sup>15</sup>, responden a muchos de los interrogantes planteados por otras autoras y explican algunos de las constantes y problemas señalados por Uribe y por Blair.

Con los trabajos de Castro continuamos moviéndonos en el terreno de los *actores*, sus condicionamientos y sus motivaciones, sus inconsistentes personajes y colectivos. Su punto de partida reafirma lo planteado por otras autoras, en el sentido de que los actores reorganizan las dinámicas sociales a partir de sus experiencias y vivencias, en el pensamiento de esta estudiosa, *los actores en guerra* se configuran el uno al otro. La reflexión, en este caso, se realiza desde el psicoanálisis, intentando responder a la pregunta de: *por qué se escoge la vida guerrillera* y que implicaciones tiene salir de ella. En la introducción, la autora nos plantea, entre otras cosas, lo siguiente:

“La ruptura con la vía guerrillera tiene implicaciones trascendentes en la subjetividad, encontrándose sus efectos desplegados retroactivamente. Con el retorno al nombre aparecen nuevos intentos por hacerse al ser y la irrupción de la pregunta por la paternidad, suspendida en la vida guerrillera... El paso a la vida civil inevitablemente compromete la rajadura del colectivo, aun en circunstancias en la que solo opere una reconfiguración de la causa. A más de los problemas propios del problema construido para los anteriores procesos de paz en el país, es probable que esos efectos ineluctables sean un motivo por el cual los actuales grupos guerrilleros encuentran en este tema un asunto del que no se quiere saber...”<sup>16</sup>

Una lectura atenta del texto publicado por Castro nos puede iluminar algunos aspectos de esta *sin salida colombiana*. La autora se detiene, en varias ocasiones en el hecho mismo de la guerra, en su dinámica propia, en como ella es vivida por quienes se vinculan a un ejército. Se apoya para ello en los aportes de los teóricos de la guerra al mismo tiempo que en las propuestas psicoanalíticas de Freud y de Lacan<sup>17</sup>. Fija igualmente su mirada en la guerra y violencia que se viven en el país. En una guerra continuada y cuasi/permanente como la colombiana, hay un deslizamiento, una *sinonimia* entre guerra y revolución, que lleva a que la guerra pase de *medio a fin*. En este contexto se configuran las guerrillas colombianas y, por supuesto, los guerrilleros que las conforman, quienes diluyen su subjetividad en el *cuerpo* al que se integran y configuran sus imaginarios y sus sentimientos, conforme a ese mismo hecho:

“Un colectivo en acto, en una historia sin sujeto. Unos pocos nombres se destacan, algunos dirigentes; los demás se mimetizan en el colectivo como propio de la masa y de su historia. Frente a los muertos, no procede el duelo ni la culpa. Hacia el enemigo se habla de eliminados, dados de baja, ajusticiados... “Encontrando la guerra como único camino para la revolución, donde la violencia esta solo del lado del otro, del contrario, se procede a prácticas así mismo excluyentes respecto a los opositores, configurados como enemigos”<sup>18</sup>.

María Clemencia Castro analiza también en detalle las motivaciones inconsistentes que pueden tener quienes apelan a la vía armada como forma de solución de conflictos o de construcción de una sociedad alternativa, en la que se proyecten los anhelos de justicia. Igualmente se detiene a mirar como esta misma personalidad que escoge la vía guerrillera va a ser moldeada definitivamente por ella. Quien se vincula a una organización con las características de lo militar reemplaza a su padre real o se le opone, con la asimilación de su inconsciente del *padre/organización*... poco a poco, todas las pérdidas características y necesarias a la vida del sujeto van a ser *refugiadas y compensadas* en esa *organización/padre*, que a su vez ordena y protege. Por ello mismo los procesos de re inserción a la vida civil se hacen tan difíciles... **la guerra es un quehacer colectivo y la ciudadanía un quehacer individual**. Los riesgos que supone el actuar individual no son fácilmente asumibles por personalidades muy quebradas en años y años de conflictos no resueltos.

Pero a su vez, el colectivo empeñado en una guerra necesita que los miembros que lo componen, lo experimenten como omnipresente e imprescindible para su vida. Por ello, los lazos que se tejen en su interior tienden a ser lazos que se

anudan más allá de cualquier posibilidad de libertad de elección. Cada miembro queda amarrado irremediablemente a la organización:

“El colectivo mismo se encarga de protegerse y asegurar su existencia, intentando evitar con gran celo los retiros. Las rupturas y la disgregación pueden llegar a desintegrarlo y por ello se anticipa a estigmatizar cualquier intento de separación. El empeño por sostener la unidad transita por requerimientos y renunciaciones expresándose la coerción como la otra cara de la cohesión. Se vive minuto a minuto y los lazos de afectividad son intensos tanto en las lealtades como en las traiciones. De ahí la intensidad con la cual es excluida una persona cuando trata de salirse del grupo guerrillero; se llega al ajusticiamiento porque también es muy fuerte esa situación de ruptura”.<sup>19</sup>

Ese *estar amarrados* se constituye para el sujeto en fuente de su seguridad y en liberación de su angustia. Cada uno/a adquiere la fortaleza del colectivo y aliena en el su responsabilidad ante las decisiones, de esta manera desaparece la culpa y con ella desaparece, igualmente, la sensibilidad ante el dolor del otro/a, dolor que no es aprehendido como tal sino como *aplicación de la necesaria justicia*.

El texto que leemos señala las cercanías y/o identificación de la guerrilla con los cuerpos y/o aparatos militares y religiosos... cuerpos en los cuales los procesos de integración de sus miembros/as son totalizantes e irreversibles:

“La unificación de muchos alrededor del ideal, sea religioso, político, ideológico o cualquier otro hace posible la identificación. Así pueden soportarse las penurias, los peligros y riesgos, produciéndose el encantamiento destinado a las angustias y los miedos de cada uno, en la solidaridad del grupo. La identificación con el ideal, sostiene el vínculo, a la vez que produce el enaltecimiento del yo; pero también ciega la diversidad, convirtiendo en enemigo al opositor”.<sup>20</sup>

Esta mirada realiza dos aportes centrales: Explica los excesos de la violencia colombiana, la espiral cada vez más aguda y mayor de nuestra guerra, a partir de una comprensión sistemática de la dinámica misma de la guerra y de los actores involucrados en ella. Por otro lado arroja luces a los problemas del abandono de la vía armada, a los problemas síquicos que conlleva una eventual vuelta a la práctica cotidiana y política *civil*. Abandonar el colectivo es, en alguna medida, automutilarse. El cuerpo de los guerreros es un cuerpo que...

“Exhibe a modo de condecoración sus rajaduras, insignias del coraje y del arrojo... El arma prolonga el cuerpo, su fortaleza y su poder. Como objeto fálico simboliza la completud, la omnipotencia. Su cuerpo armado magnifica al individuo y al colectivo del cual se es miembro... El ideal orienta al más grande sacrificio, pero también puede dar lugar a los actos más ignominiosos, frente a lo cual la responsabilidad se diluye en el colectivo, a cuenta de la causa”<sup>21</sup>.

Desde las propuestas de María Clemencia Castro podemos comprender los excesos que nos han narrado otras mujeres en su recorrido por los escenarios de la violencia y de la guerra.

Finalmente, Castro alerta sobre el camino del regreso a la vida civil, alerta pero invita a ello, con la mirada de quien atentamente y muy de cerca ha acompañado algunos caminos en este sentido:

“Dejar al vida guerrillera y dar el paso a la vida civil, es una fractura de la vida, de la historia personal, que lleva a cada uno con insoportable sufrimiento por tortuosos recorridos, hasta épocas tempranas, a situaciones, personajes y vínculos abandonados por la entrega a la causa guerrillera, nunca antes sufridos como pérdidas”<sup>22</sup>.

Estas últimas páginas del libro *Del ideal al Goce*, nos motivan a volver a leer las vidas de Vera Grave y María Eugenia Vásquez, ya recepcionadas en este trabajo... su dificultad/alegría de haberse reencontrado con las calles, con la ciudad, con otros/as amigos y/o familias... ellas pueden mostrar, en caminos concretos, la superación de ese sufrimiento y el reencuentro con la subjetividad e individualidad perdidas.

Para algunos/as lectores y estudiosos del proceso colombiano, la mirada de Castro puede resultar dura e inaceptable, por cuanto nos enfrenta a una realidad en la cual las zonas oscuras sobre las que no se ha reflexionado mucho salen a la luz. Sin embargo, yo estoy convencida de que solo mirando hasta el fondo de nuestros abismos lograremos salir de ellos... este libro nos ayuda a realizar esa inmersión.

## Notas

(\*) CINEP Centro de Investigación y Educación Popular, de la Compañía de Jesús en Bogotá.

<sup>1</sup> María Teresa Uribe de Hincapié: *ÉTICA Y POLÍTICA*, en: ESTUDIOS POLÍTICOS 1 Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, Medellín 1992, *DE LA ÉTICA EN LOS TIEMPOS MODERNOS O DEL RETORNO A LAS VIRTUDES PÚBLICAS*, en: ESTUDIOS POLÍTICOS 2, Universidad de Antioquia, Medellín 1992. La CORPORACIÓN REGIÓN (Medellín), editó, en 2001 un libro sobre la obra y el pensamiento de la Doctora Uribe: *NACIÓN, CIUDADANO Y SOBERANO*.

<sup>2</sup> María Teresa Uribe de Hincapié: *LEGITIMIDAD Y VIOLENCIA: Una Dimensión de la Crisis Política Colombiana*, en: AA. VV. *RASGANDO VECES* Editorial Universidad de Antioquia, 1993 p. 82.

<sup>3</sup> María Victoria Uribe A. *MATAR, REMATAR Y CONTRAMATAR. Las masacres de la violencia en el Tolima 1948 – 1946* Controversia Nos. 159 – 160, CINEP, Bogotá 1990. Igualmente, desarrolló un diálogo con este texto y cito sin numerar:

<sup>4</sup> Idem p. 94.

<sup>5</sup> Idem p. 36.

<sup>6</sup> Idem p. 103.

<sup>7</sup> Carmen Lucía Díaz: *DE LA GUERRA A LA ALIANZA* En. AA. VV.; *LA UNIVERSIDAD PIENSA LA PAZ, Obstáculos y Posibilidades* Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, 2002 p. 144.

<sup>8</sup> Elsa Blair: *CONFLICTO ARMADO Y MILITARES EN COLOMBIA, Cultos, Símbolos e Imaginarios*. Otra parte, Editorial Universidad de Antioquia, Cinep – Medellín 1999.

<sup>9</sup> Idem INTRODUCCIÓN, p. XX.

<sup>10</sup> Especialmente en los trabajos de María Teresa Uribe de Hincapié y Gonzalo Sánchez.

<sup>11</sup> Elsa Blair, obra citada p. 45.

<sup>12</sup> Idem p. 52.

<sup>13</sup> Idem p. 55.

- <sup>14</sup> Ricardo Sánchez: *CRÍTICA Y ALTERNATIVA, LAS IZQUIERDAS EN COLOMBIA* Editorial La Rosa Roja, Bogotá 2001.
- <sup>15</sup> María Clemencia Castro: *DEL IDEAL Y EL GOCE: Lógicas de la subjetividad en la vía guerrilleras y avatares en el paso a la vida civil*, Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá 2001.
- <sup>16</sup> Idem, (Introducción – p.21).
- <sup>17</sup> Karl Von Clausewitz: *DE LA GUERRA* Editorial Labor, Barcelona 1992  
Gastón Bouthoul: *LA GUERRA* Oikos – Tau, Barcelona 1971.
- <sup>18</sup> María Clemencia Castro, *Op. Cit.* p. 28.
- <sup>19</sup> Idem p. 58.
- <sup>20</sup> Idem p. 99.
- <sup>21</sup> Idem pp. 126 – 127.
- <sup>22</sup> Idem p. 161.